

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, POETA DE TODAS LAS HORAS*

Asistimos hoy a un acto de justicia. En esta sala, reservada por la tradición oficial para servir de escenario a la recepción de los representantes diplomáticos acreditados ante nuestro Gobierno, el Señor Presidente de la República ha querido entregar a un poeta el Premio Manuel Ávila Camacho, instituido, en 1944, por la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos.

El escritor a quien celebramos, embajador permanente de las letras de nuestra Patria, no necesitará hacer presentes ahora sus nítidas credenciales. Son sus libros. Obras austeras, de emoción acendrada, forma prócer y vibrante y diáfano pensamiento. Obras que a muchos de los aquí reunidos nos acompañaron durante años en la integración de la adolescencia y en cuyas páginas encontramos, desde aquellos días, un consejo de comprensión para los humildes, una lección de estoicismo ante los dolores y un ejemplo admirable de humanidad.

Poeta de todas las horas, Enrique González Martínez ha dedicado la vida entera a una empresa que por sí sola merece encomio: la lealtad a su concepto del bien y de la belleza, la fidelidad a su vocación.

En un mundo rápido y veleidoso, entre tareas y transacciones que a muchos otros –por arduas– han impelido a renunciar a lo más exclusivo de su mensaje, él logró conservar sin desviaciones la línea de su destino, con rectitud que sorprende a quien la contempla, pues semejante continuidad obedece tanto a la categoría del artista, como a la voluntad del hombre.

Cuando médico de provincia en la juventud, cuando Ministro Plenipotenciario en la madurez y, ahora, en la paz de una noble consagración –que es en él, todavía, ardimiento y fuerza– la voz de González Martínez siempre ha expresado las inquietudes de un alma atenta a las pruebas de la experiencia; de un alma a la que la esfinge ha propuesto todos los enigmas de las pasiones y que ha sabido contes-

* *Entrega al poeta Enrique González Martínez del Premio Manuel Ávila Camacho. México, D.F., 2 de marzo de 1945. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.34-37.*

tar a la esfinge, invariablemente, con sagacidad que no sólo brota de la aptitud del talento sino de la hondura del corazón.

Desde *Preludios* hasta *Bajo el Signo Mortal*, los volúmenes de poesía con que ha enriquecido González Martínez el acervo de nuestra literatura podrían agruparse en torno a tres temas que se articulan como los tiempos de una sonata. De una sonata lógica y persuasiva a la que, en conjunto, cabría dar el título que él colocó sobre la primera página del *Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño*.

Fuerza, bondad y ensueño son, en efecto, las calidades de su lírica varonil. Y fuerza, bondad y ensueño, lúcido ensueño, sintetizan, por otra parte, las excelencias de todo gran poeta, ya que la fuerza sin la bondad es como un árbol, enhiesto y recio, pero sin fruto; en tanto que una bondad desprovista de fuerza está en inminente peligro de convertirse en flaqueza y abdicación. Y ambas, bondad y fuerza, sin el ensueño, carecerían de ese desprendimiento que hace del arte una escuela constante de independencia y una suprema enseñanza de libertad.

Pero esa libertad y esa independencia, condiciones indispensables de toda obra concebida en términos de belleza, son de linaje tan delicado que necesitan partir de una disciplina estética elegida con absoluto desinterés, la cual –recordando una metáfora célebre– simboliza, para el impulso de su ascensión, lo que el aire para las alas del aeroplano: al principio, un obstáculo; luego, una base.

Caracterizan así al verdadero artista muchas de las cualidades que, en lo político, desearíamos ver realizadas en el orden democrático del futuro. Una plenitud en la afirmación, limitada por el respeto de aquellas normas éticas y sociales que dan sustento interior a la libertad, y un rigor en el cumplimiento de los deberes que colectivamente permite y explica el ejercicio de los derechos de la persona. Porque así como el arte decae cuando suprime las dificultades que se inventa a sí propio para vencerlas y superarlas, así también disminuyen las fuerzas de una nación cuando intenta el pueblo prescindir de los compromisos morales que lo organizan. Y, por la misma razón por la que el arte fallece –según decía un agudo ensayista– en el ambiente de la facilidad, la democracia suele perder su pujanza emancipadora donde los hombres olvidan que la facultad de ser libres es consecuencia de un persistente servicio mutuo y de una subordinación espontánea al porvenir de la Patria y al bien de la humanidad.

Todo artista sincero demuestra, con el ejemplo, que es la civilización de naturaleza tan misteriosa que quien pretende huir de su responsabilidad huye también de su autonomía. De ahí que el espectáculo de un pintor o de un escultor, de un músico o de un poeta, por desasidos que se imaginen de todo pacto, sea en realidad un espectáculo confortante para los que no apreciamos la libertad como un capricho

y un aislamiento, sino como un equilibrio de obligaciones que nos depara precisamente ocasión de sentirnos más personales e independientes cuanto más solidarios hayamos sido con los intereses y los derechos de los demás.

El artista resulta así, involuntariamente quizá, un educador sutil de la democracia. Por eso, sin duda, los regímenes totalitarios adivinan en él un testigo adverso y un delator incoercible para el futuro. Sin quererlo, él los denuncia con su presencia. Su sola voz contiene ya una crítica inexorable porque, donde la única literatura tolerada sale de los Ministerios de Propaganda, todo aquél que no elogia al tirano lo niega implícitamente y hasta el silencio ante la injusticia es para la censura del despotismo un recurso indirecto de acusación.

Lo que da, por tanto, su más expresivo sentido a la ceremonia que nos reúne es su desinterés total. El premio Manuel Ávila Camacho no ha sido otorgado a un hombre de grupo ni de partido. Para obtenerlo, el literato que lo recibe no necesitó en ningún momento dejar de ser lo que es: un poeta, un poeta auténtico. Y ocurrió que, siéndolo plenamente, tuvo también que ser, como todo escritor genuino, un depositario de las misiones severas de nuestro tiempo. Porque todo escritor genuino lleva en su alma una antena sensible que recoge el eco de lo pasado y los estremecimientos patéticos del presente. Y porque, por solitario que lo juzguemos, el individuo –como lo declaró en certera sentencia Ortega y Gasset– es sólo individuo, individuo humano, "en cuanto contribuye a la realidad social y en cuanto es condicionado por ésta."

La poesía equivale a un perdón que la vida brinda a todos nuestros errores. Sin esperanza, no habría poetas. Y la esperanza constituye una juventud perpetua para el espíritu.

Honrando a un poeta nuestro Gobierno se honra a sí mismo. Y, estableciendo un premio anual para distinguir a los escritores que han ofrecido la integridad de su esfuerzo a la creación abnegada y consciente de un arte digno, los librerías y editores de México revelan tanto amor a las tradiciones de su trabajo como devoción para la actividad cultural en que participan.

Al felicitarlos por el acierto de su primera designación, saludo en la persona de Enrique González Martínez a uno de los ilustres exponentes de la intelectualidad mexicana y hago votos por que su obra y las de todos sus compañeros continúen abriendo al paso de nuestro pueblo esa clara senda por la que suben las nuevas generaciones. Porque es a ellos, a los artistas de la palabra, el sonido, el color y la forma de México, a quienes incumbe el deber sagrado de modelar, con la materia cambiante de los sucesos, el rostro vivo, plástico y puro en el que resaltan las facciones eternas de nuestra Patria.

